LA CONDICIÓN Y EL COMPORTAMIENTO HOMOSEXUAL: UNA VALORACIÓN MORAL

AUGUSTO SARMIENTO

Al problema de la homosexualidad y la valoración moral de los actos homosexuales el Magisterio de la Iglesia se ha referido expresamente, en los últimos años, en tres documentos: la Declaración *Persona humana*, acerca de algunas cuestiones de ética sexual, n. 8 (29.XII.1975), la Carta *Homosexualitatis problema*, sobre la atención pastoral a las personas homosexuales (1.X.1986)¹ y el *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2.357-2.359 (11.X.1993). Este último texto viene a ser una exposición condensada de la doctrina desarrollada en la Carta de la Congregación de la Fe sobre la atención que se debe dar a las personas homosexuales, que, a su vez, es un subrayado y desarrollo de la Declaración de 1975, citada anteriormente, de la misma Congregación. Son, por tanto, unos documentos —de manera particular la Carta *Homosexualitatis problema*— de referencia obligada si se quiere penetrar en la valoración moral que la Iglesia hace de la cuestión de la homosexualidad. Ésa es precisamente la perspectiva desde la que los textos referidos abordan el tema de la homosexualidad².

Situados en este contexto, es decir, en la valoración moral del problema de la homosexualidad, son dos los interrogantes que, entre otros, pueden plantearse. El primero hace referencia a su bondad o negatividad: ¿la homosexualidad es un valor éticamente neutro o positivo, o, por el contrario, es siempre negativo? Alude al *qué* de la moralidad. El segundo interrogante se pregunta

1. Existe también una Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe *Algunas consideraciones sobre la respuesta a propuestas de ley sobre la no discriminación de las personas homosexuales*, a los Obispos de Estados Unidos (1992).

2. Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Homosexualitatis problema*, n. 1 (en adelante HP).

por el *porqué* de esa valoración moral: ¿cuál es la razón de la calificación ética que se debe dar a la homosexualidad? Trataré de ofrecer —muy brevemente— la respuesta de la moral católica a las dos cuestiones, aunque será sobre todo la segunda la que atraerá mi atención. Tiene más interés. Cuando se trata de cuestiones o problemas que afectan a las personas el diagnóstico y calificación moral ha de dirigirse siempre a la superación del problema mediante la adhesión sincera a la verdad. «Sólo lo que es verdadero puede ser al final también pastoral»³. Y únicamente mediante una fundamentación adecuada es posible hacer «creíbles» —suscitando las convicciones necesarias— los valores y principios que deben ordenar las conductas, haciendo lo que se debe a la vez que se quiere lo que se hace. Ésa, en definitiva, es la finalidad que persigue siempre la Iglesia en la consideración ética de los problemas.

Por este motivo la reflexión, desde la perspectiva ética, sobre cualesquiera de los problemas que afectan al ser humano ha de situarse siempre en el marco de una visión integral de la persona y de su vocación. El tema de la homosexualidad es complejo. Son múltiples y variados los factores que intervienen, y todos ellos deben tenerse en cuenta para su acertada valoración. Pero ésta tan sólo es posible realizarla de manera adecuada desde «la verdad de la persona humana que nos ha sido plenamente revelada en el misterio de Cristo»⁴. Por ese camino, además, no sólo no se atenta contra la legítima autonomía de las ciencias ni se minusvaloran los resultados seguros que éstas pueden ofrecer en su propio ámbito, sino que se reconoce su verdadero valor, al integrarse en la perspectiva que les da su último sentido: la de la persona y su vocación.

«La homosexualidad —se lee en el *Catecismo de la Iglesia Católica*— designa las relaciones entre hombres o mujeres que experimentan una atracción sexual, exclusiva o predominante, hacia personas del mismo sexo»⁵. Se habla, no de las personas, sino de la tendencia («la atracción») y de los comportamientos o actos homosexuales («las relaciones»), de los que se dice, además, que «revisten formas muy variadas a través de los siglos y las culturas»⁶. Hay que distinguir, por tanto, entre las personas homosexuales, la tendencia o inclinación homosexual, y el comportamiento homosexual. Una distinción absolutamente necesaria para un discernimiento acertado del problema de la homosexualidad, su valoración moral y, en consecuencia, para su superación, según

3. HP, n. 15.

4. *Ibidem*, n. 8.

5. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2.357 (en adelante CEC).

6. *Ibidem*.

ponen de relieve constantemente los textos del Magisterio de la Iglesia cuando se refieren a esta cuestión⁷.

Trataré el tema dividiéndolo en dos partes. En la primera —*Verdad y significados de la sexualidad*— trataré de presentar la fundamentación de la valoración moral del problema de la homosexualidad. A través de cuatro apartados procuraré mostrar el marco antropológico necesario que debe tenerse en cuenta en esa valoración. Servirá también para señalar el horizonte en el que han de inscribirse siempre las ayudas y esfuerzos en la superación del problema de la homosexualidad. En la parte segunda —*El problema de la homosexualidad: valoración moral*— intentaré hacer ver la razón del desorden objetivo de la condición y comportamiento homosexuales y también el por qué de la responsabilidad moral que pudiera tener lugar. Terminaré haciendo una referencia a algunos de los criterios o principios que, en mi opinión, deberán informar la ayuda en la superación del problema de la homosexualidad. Es la *Conclusión*.

Pero antes de pasar a la exposición de esos puntos, parece oportuno hacer una observación. Da razón de la actualidad de la cuestión que tratamos y también señala el contexto de los documentos de la Iglesia acabados de citar. El problema de la homosexualidad no es nuevo. Con más o menos variantes se ha dado siempre en la historia de la humanidad. «La existencia de personas que experimentan una atracción sexual exclusiva o predominante con personas del mismo sexo es un hecho conocido a través de los siglos y culturas»⁸ Sin embargo, en cierto modo, son nuevos los intentos de justificación por lo menos en algunos casos, ya que, incluso entre algunos grupos de católicos, se llega a pedir que esos comportamientos sean reconocidos como derechos democráticos y recogidos en los ordenamientos jurídicos de los Estados. «En la actualidad un número cada vez mayor de personas, dentro de la Iglesia, ejerce una fortísima presión para llevarla a aceptar la condición homosexual como si no fuera desordenada»⁹. «La Iglesia —se insiste— debe cambiar de actitud y, al menos, no formular ningún tipo de reserva en relación con la actividad homosexual que constituiría una forma de injusta discriminación»¹⁰. Se trataría —aseguran— de una variante de la sexualidad: una forma «normal» de la sexualidad humana. De ahí que pretender impedirle o no reconocerla sería un atentado contra el ejercicio de un derecho fundamental. Por eso —se concluye— se

7. Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Persona humana*, n. 8 (en adelante PH); HP, n. 3; CEC, n. 2.357; etc.

8. COMISIÓN PERMANENTE DEL EPISCOPADO ESPAÑOL, Nota *Matrimonio, Familia y Uniones homosexuales*, (24.VI.1994), n. 3.

9. HP, n. 8.

10. *Ibidem*, n. 9.

deberán legitimar las «uniones homosexuales», reconocerles el «derecho» a fundar un hogar, adoptar niños... No de otra manera a los derechos que tienen el matrimonio y la familia.

Las tácticas y los argumentos empleados en apoyo de estas tesis son múltiples y variados: sociológicos, psicológicos, exegéticos... En todos ellos, sin embargo, de una u otra manera subyace siempre la misma respuesta a la cuestión, central en la determinación de la moralidad: ¿cuál es la naturaleza del hombre? ¿Cuál es la naturaleza de la sexualidad humana? Si se parte de unos conceptos de naturaleza y de sexualidad humanas derivados de la sabiduría humana y ésta se considera desligada de su relación con el Creador, entonces todo está sujeto a cambio y es manipulable. El bien de la persona y de la sexualidad estará confiado a la misma sociedad. Y en última instancia serán los grupos de presión, los que sepan y puedan manipular las masas quienes definirán los valores morales de la sociedad¹¹

I. VERDAD Y SIGNIFICADOS DE LA SEXUALIDAD

«La persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, no puede ser definida de manera adecuada con una referencia reductiva a su orientación sexual»¹². Penetrar en el alcance de esta afirmación es, en mi opinión, absolutamente necesario para valorar adecuadamente la condición y el comportamiento homosexual. Aunque muy brevemente, trataré de hacer ver el porqué.

La consideración de los diversos problemas morales exige siempre el marco antropológico adecuado. En última instancia, decíamos antes, acertar en la respuesta a la pregunta por la naturaleza del ser humano. Y en la cuestión que aquí nos ocupa la de la relación entre esa totalidad unificada que llamamos persona humana y su sexualidad. ¿La sexualidad es una dimensión extrínseca o, por el contrario, es constitutiva de la persona humana? ¿Pertenece al «ser» o al «tener» del ser humano? Y también: ¿En la sexualidad existen algunos significados inmanentes o sólo tiene aquellos que el hombre —es decir, alguna instancia externa a la misma naturaleza de la sexualidad— le quiera atribuir? Por otra parte y en primer lugar ¿qué significa desde el punto de vista ético decir que el ser humano es una persona? De la antropología que responda a estos

11. Cfr. J. RATZINGER, Introducción a la Carta *Homosexualitatis problema*, en AA. VV., *Carta sobre la atención pastoral a las personas homosexuales*, Palabra, Madrid 1997, n. 3.

12. HP, n. 16.

interrogantes dependerán los principios éticos que determinarán la valoración moral del problema de la homosexualidad.

Cuatro son las afirmaciones que resumen la respuesta a los interrogantes que se acaban de formular. Son estas: a) el cuerpo y el alma son una única realidad; b) la sexualidad es una «modalización», una dimensión constitutiva de la persona humana; c) la sexualidad está finalizada al amor o complementariedad y a la procreación; d) la persona humana es un bien inviolable y absoluto, no instrumental.

1. *El cuerpo y el alma (materia y espíritu), una única realidad.*
(*La unidad substancial de la persona humana*¹³)

El hombre —es un dato de experiencia— se experimenta a sí mismo como una realidad compleja. Aun cuando es consciente de la pluralidad y diversidad de operaciones que realiza, cada ser humano advierte a la vez que su «yo» es único y el mismo. «El mismo e idéntico hombre es el que percibe, entiende y siente»¹⁴. No existen principios diferentes para cada de las actividades que hace. Esa unidad y diversidad se explican porque, si bien el ser humano está compuesto de alma y cuerpo, entre uno y otro componente se da una unidad substancial. Cuando, usando la terminología hilemórfica, se dice que, en el hombre, el alma es la forma del cuerpo, lo que se afirma es que la persona humana es una única unidad. Y lo es gracias al alma —la forma— que substancializa y espiritualiza el cuerpo. «La unidad del cuerpo y el alma es tan profunda que se debe considerar el alma como «forma» del cuerpo: es decir, gracias al alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente; en el hombre, el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza»¹⁵.

En la complejidad del ser humano existen elementos diversos, físicos y espirituales que llevan a distinguir la composición materia-espíritu (cuerpo-alma); pero esa composición no se puede explicar como si el cuerpo y el alma fueran dos realidades puestas la una *en* o *al lado de* la otra. El cuerpo y el alma (la materia y el espíritu) son dos coprincipios constitutivos de la misma y única

13. En referencia a esta unidad del alma y del cuerpo en el ser humano la Constitución *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II usa la expresión *corpore et anima unus, homo...* (n. 14). De ella se hace eco el *Catecismo de la Iglesia Católica* cuando trata de la constitución del hombre (nn. 362-368).

14. S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 76, a. 1.

15. CEC, n. 365.

persona. El alma hace que el hombre sea persona. Y como el alma es única, hace «no sólo que el hombre sea hombre, sino también animal y viviente y cuerpo y sustancia y ente»¹⁶. «El alma racional da al cuerpo humano todo lo que el alma sensible da a los animales y algo más»¹⁷. Este algo más es la perfección de orden superior, espiritual, propia de la persona humana¹⁸, gracias a la cual el hombre está dotado de una interioridad que le hace posible entrar en comunicación con las demás personas y principalmente con Dios. Trasciende el simple ser individuo de una especie y está en sí mismo lleno de sentido. El cuerpo —ésa es la consecuencia— es la persona en su visibilidad. Señalar el cuerpo humano es señalar a la persona¹⁹. Imaginar la posibilidad de relacionarse con el cuerpo humano y no con la persona es imposible²⁰. Es la «totalidad del hombre» lo que se designa como persona²¹. La persona no es sólo el cuerpo ni sólo el espíritu: es la «totalidad unificada» —cuerpo y espíritu— lo que llamamos persona.

Por esta razón, aunque desde una perspectiva científica —v.g. en el microscopio de un laboratorio— el cuerpo humano puede ser estudiado como si fuera el de un animal, existe entre uno y otro una diferencia esencial y radical. No es que el cuerpo humano sea más que el de los animales; es que es otro: pertenece a un grado de ser cualitativamente superior. El cuerpo humano es más que un conjunto armónico de células vivientes. El lenguaje de la biología y de la anatomía no es capaz de captar y expresar *toda* la verdad del cuerpo humano.

Las consecuencias son fundamentalmente dos. La *primera* es que «cualquier intervención sobre el cuerpo humano no alcanza únicamente a los tejidos, órganos y funciones; afecta también y a diversos niveles, a la persona

16. S. TOMÁS DE AQUINO, *Despiritu creat.*, 3.

17. Ídem, *Summa Theologiae.*, I, q 76, a. 2 ad 2.

18. Cfr. C. CARDONA, *Presentación a C. CAFFARRA, Ética general de la sexualidad*, Barcelona 1995, p. 3.

19. Cfr. J. RATZINGER, *Presentación a la Instrucción «Donum vitae»*, en AA. VV., *El don de la vida*, Madrid 1992, p. 19; cfr. C. CAFFARRA, *Ética general de la sexualidad*, cit., p. 34.

20. A este propósito se debe tener presente que, como señala Juan Pablo II, Carta a las familias, *Gratissimam sane* (2.II.1994, n.19) (en adelante GrS): «La fuente más rica para el conocimiento del cuerpo es el Verbo hecho carne. Cristo revela el hombre al hombre (cfr. GS 22). Esta afirmación del Concilio Vaticano II es, en cierto modo, la respuesta, esperada desde hacía mucho tiempo, que la Iglesia ha dado al racionalismo moderno».

21. Cfr. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica. *Familiaris consortio* (22.XI.1981), n. 11; Ídem, *Discurso a los participantes de la 35a. Asamblea General de la Asociación Médica Mundial*, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VI/2, Editrice Vaticana 1983, p. 922.

misma»²². En el cuerpo y a través del cuerpo se hace visible la persona misma —la única— en su realidad concreta. La *segunda* consecuencia es que como el cuerpo no es algo que se tiene sino la misma persona en su visibilidad concreta, el cuerpo —es ésa una exigencia ética irrenunciable— ha de ser valorado de acuerdo con esa dignidad personal.

2. La sexualidad, «modalización» de la persona

El cuerpo y el espíritu constituyen esa totalidad unificada corpóreo-espiritual que es la persona humana. Pero ésta existe necesariamente como hombre o como mujer: no tiene otra posibilidad de existir la persona humana. El espíritu se une a un cuerpo que necesariamente es masculino o femenino y, por esa unidad substancial entre cuerpo y espíritu, el ser humano es en su totalidad masculino o femenino. La sexualidad es inseparable de la persona. La persona humana es una persona sexuada. En abstracto cabe hacer una consideración de la persona en cuanto espíritu y, bajo este aspecto, la persona humana no es hombre ni mujer; pero como *espíritu humano* está orientado a informar el cuerpo —para eso ha sido creado— y éste es siempre y necesariamente hombre o mujer. La sexualidad no es un simple atributo; es un modo de ser de la persona humana.

Ahora bien, decir que la sexualidad es «modalización» de la persona humana es afirmar que la sexualidad impregna la humanidad del hombre y de la mujer en su totalidad. La sexualidad —masculinidad o feminidad— caracteriza y determina a todos y cada uno de los componentes de la unidad substancial cuerpo-espíritu que llamamos hombre o mujer. Por eso todas las dimensiones espirituales del hombre están impregnadas por esta dimensión; y ésta, a su vez, por la espiritualidad. La sexualidad afecta al núcleo íntimo de la persona en cuanto tal. Es la persona misma la que siente y se expresa a través de la sexualidad. Afecta tan profundamente a la persona que al decidir sobre la sexualidad, v.g. en la alianza conyugal o en la entrega propia de la unión conyugal, se decide sobre la persona. Los mismos rasgos anatómicos, en cuanto expresión objetiva de esa masculinidad o feminidad, están dotados de una significación trascendente objetivamente: están llamados a ser manifestación visible de la persona.

22. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae* (22.II.1987), Introducción n. 3 (en adelante DVi); cfr. CONC. VAT. II, Const. Past. «*Gaudium et Spes*, n. 14 (en adelante GS).

La sexualidad humana, entonces, es esencialmente diferente de la sexualidad animal ya que —gracias al alma como forma substancial del cuerpo— a la vez que sensitiva es racional por participación. En el ser humano todas las dimensiones y funciones orgánicas están incorporadas a su unidad total. Todo en él es humano. En el nivel que ahora consideramos —el del ser— nada hay en el hombre que, siendo de él, se pueda considerar infrahumano: especialmente —si se puede hablar así— en la sexualidad, una dimensión que más que ninguna otra es intrínsecamente corpóreo-espiritual. Por eso es del todo inadecuado considerar la sexualidad humana como asimilable a la sexualidad animal o como dimensión separable de la espiritualidad. No se puede describir adecuadamente la conducta sexual humana como el resultado de unos estímulos fisiológicos y biológicos.

3. *La sexualidad, finalizada al amor y a la procreación*

La dimensión sexual del ser humano —la masculinidad y feminidad— es una dimensión constitutiva de la persona humana; y, según se acaba de señalar, afecta a los diversos estratos y dinamismos del ser humano determinando la diferenciación existente entre el hombre y la mujer: la configuración cromosómica, la morfología anatómica y corporal, los rasgos psicológicos, afectivos, etc. Pero penetrar en la verdad de la sexualidad exige seguir preguntándonos: ¿qué sentido tiene la diferenciación sexual? ¿Cuál es el significado de la sexualidad humana? Se trata de un punto decisivo en la determinación de la ética de la sexualidad. Y, por eso mismo, en la valoración moral del problema de la homosexualidad.

Como la experiencia demuestra abiertamente, al significado de la sexualidad se puede acceder desde la consideración de la humanidad del hombre y de la mujer. Si bien, esa significación ha de buscarse últimamente en la enseñanza de la Revelación sobre la naturaleza del hombre: creado a imagen y semejanza de Dios, sanado y redimido en Cristo²³. Desde ahí se descubre que son dos los significados de la sexualidad: el unitivo y el procreador. (El término «significado» indica la finalidad a la que está orientada la sexualidad en su dimensión objetiva [lo que el lenguaje de la sexualidad quiere decir por sí mismo]. Por lo que señala también el criterio que determina la verdad del ejercicio de la sexualidad en su dimensión subjetiva [lo que deben decirse las personas con el

23. Para una consideración antropológica de la sexualidad es de gran utilidad el libro de R. YEPES STORK, *Fundamentos de antropología*, Pamplona 1996, pp. 269-295.

lenguaje de la sexualidad]. La presencia de los dos significados (el unitivo y el procreador) es, por tanto, condición indispensable de la verdad del ejercicio de la sexualidad).

El amor como finalidad esencial de la sexualidad

La diferenciación sexual —la sexualidad— está al servicio de la comunicación interpersonal. Está orientada a expresar el amor. Es una de las conclusiones de la tesis fundamental de la unidad substancial del ser humano. Incluso desde la consideración de la biología es imposible reducir el lenguaje de la sexualidad al significado procreador. Desde aquí, en efecto, se descubre que la sexualidad humana —a diferencia de la animal— ni es automática ni se despierta únicamente en los períodos de fecundidad. Bajo cualquiera de los aspectos que se contemple —el biológico, el psicológico, el social, etc.—, la sexualidad tiene una dimensión relacional.

Como imagen de Dios, el hombre ha sido creado para amar. «Dios es amor» y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen (...) Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y, consiguientemente, la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es, por tanto, la vocación fundamental e innata de todo ser humano. El hombre creado a imagen de Dios es *todo hombre* —todo miembro de la raza humana: el hombre y la mujer— y *todo el hombre* —el ser humano en su totalidad: cuerpo y espíritu—. La imagen de Dios alcanza al hombre —*corpore et anima unus*— en todas las dimensiones de su ser. El hombre es imagen de Dios también como persona humana sexuada. En consecuencia «el hombre es llamado al amor como espíritu encarnado, es decir, alma y cuerpo en la unidad de la persona»²⁴. «En cuanto modalidad de relacionarse y abrirse a los otros, la sexualidad tiene como fin intrínseco el amor»²⁵. La sexualidad humana, por tanto, es parte integrante de la concreta capacidad de amor inscrita por Dios en la humanidad masculina y femenina, comporta «la capacidad de expresar el amor: ese amor precisamente en el que el hombre-persona se convierte en don y —mediante este don— realiza el sentido mismo de su ser y existir»²⁶.

24. CONS. PONT. FAMILIA, *Sexualidad humana: verdad y significado* (8.XII.1995), nn. 3, 10.

25. *Ibidem*, n. 11.

26. JUAN PABLO II, Alocución (16.I.1980), n. 1.

«Cuando Yahwéh Dios —señala Juan Pablo II comentando el relato de Gn 2, 18— dice que “no es bueno que el hombre esté solo” (Gn 2, 18), afirma que el hombre por sí “solo” no realiza totalmente esta esencia. Solamente la realiza existiendo “con alguno”, y más profunda y completamente existiendo “para alguno”»²⁷. La diferenciación sexual está orientada a la complementariedad. Entre el hombre y los animales media una distinción tan radical que, con relación a ellos, el hombre se encuentra solo. Para superar esa soledad es necesaria la presencia de otro «yo» (la mujer). Y de esta manera, al afirmar la persona del otro «yo» —el «yo» de la persona humana en la feminidad— se da cuenta y afirma a la vez el «yo» de su ser personal en la masculinidad. Con la creación del ser humano en dualidad de sexos el texto señala, entre otras cosas, el significado axiológico de esa sexualidad: el hombre es *para* la mujer y ésta es *para* el hombre²⁸. La bipolaridad —la diferenciación sexual— es indicadora de la recíproca complementariedad y está orientada a la comunicación interpersonal, es decir, a sentir, expresar y vivir el amor humano²⁹. Y por eso, dado que la relación propia de la sexualidad va de persona a persona, respetar la dimensión unitiva en el contexto de un amor verdadero —mediante la entrega sincera de sí mismo— es una exigencia interior de la donación sexual.

El significado procreador de la sexualidad

Pero no se agota ahí el sentido y la significación de la sexualidad. Desde cualquier perspectiva que se contemple se descubre fácilmente que la sexualidad está también orientada a la fecundidad.

Desde la Sagrada Escritura los relatos de la creación apuntan abiertamente esta misma tesis. La diferenciación del ser humano en hombre y mujer está orientada a la procreación. Es decir, a la unión del hombre y la mujer a la que conduce la recíproca complementariedad a través de la sexualidad corresponde la bendición de la fecundidad. Por otra parte, si el ser humano ha sido creado a imagen de Dios en cuanto hombre y mujer, y expresa esa imagen de

27. Ídem, Alocución (9.I.1980), n. 2.

28. Cfr. Ídem, Alocución (14.XI.1979), n. 1.

29. Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones educativas sobre el amor humano* (1.XI.1983), n. 4. Sobre esa comunión interpersonal hunde sus raíces el matrimonio instituido por Dios desde los orígenes: cfr. sobre este punto JUAN PABLO II, Carta a las familias, *Gratissimam sane* (12.III.1994), n. 8; ídem, Carta apostólica, *Mulieris dignitatem* (15.VIII.1988), n. 6.

Dios a través de la comunión de personas³⁰ —que se realiza fundamentalmente por medio de la «unidad de la carne»—, se comprende fácilmente que la apertura a la fecundidad sea uno de los elementos que «revelen» la verdad de la imagen divina en el hombre. (En otro caso la relación hombre-mujer a través de la actividad sexual no iría de persona a persona y tampoco sería comunión interpersonal).

La imagen de Dios que llevan impresa en su ser las criaturas humanas es una imagen o «forma» que alcanza a la humanidad del hombre y de la mujer en todas sus dimensiones. Pero como la creación es obra de toda la Trinidad, esa imagen es la imagen de Dios Uno y Trino y, en consecuencia, en la vida Trinitaria, de la que es imagen el ser humano, éste encuentra el arquetipo de su amor y también de la generación. Dios, el amor de Dios —es lo que ahora interesa recalcar— es doblemente fecundo: intratrinitariamente en la misma persona del Espíritu Santo; y extratrinitariamente en la creación. De la misma manera el amor humano participa de ese profundo dinamismo e implica esencialmente la fecundidad. La fecundidad —ésta es la consecuencia— es intrínseca a la verdad de la sexualidad como lenguaje del amor humano en cuanto participación del amor de la Trinidad³¹. «Dios es amor, el Padre engendra al Hijo, el Espíritu Santo procede de su Unión absoluta; son tres personas distintas que viven en un amor, tan infinitamente perfecto, que no son más que un solo Ser, una sola Naturaleza. Vemos, pues, en la absoluta perfección creadora los dos conceptos que orientan la sexualidad, amor y generación»³². Como reflejo y analogía de la Trinidad, la sexualidad está orientada a servir de fusión de amor y de fuerza generadora.

De la profunda verdad y sentido de la sexualidad —en este caso, de la facultad sexual— forma parte, según se ha interpretado siempre por la Tradición de la Iglesia, contemplarla como una participación o, mejor, como cooperación con el amor creador de Dios: «pone las cuestiones necesarias y suficientes para que Dios cree el espíritu humano y así una nueva criatura entre en la existencia»³³.

Eso explica la diferencia anatómica y fisiológica del hombre y la mujer; y también, las cualidades anímicas propias de esa diferenciación. Sobre la participación del ser divino personal que es ya la persona —como tal— se añade

30. Cfr. JUAN PABLO II, Alocución (14.XI.1979), n. 3.

31. Cfr. A. SCOLA, *El principio teológico de la procreación humana*, en AA. VV., *El don de la vida*, p. 107.

32. M. BRUGAROLA, *Sociología y Teología de la natalidad*, Madrid 1967, p. 374.

33. C. CAFFARRA, *Ética general de la sexualidad*, p. 59.

la participación diversificada en el hombre y la mujer, diversificada para completarse y orientarse a la procreación. En realidad —no se debe olvidar— es una sola participación en el ser divino que se actúa de manera diversa en la humanidad masculina y femenina en orden a la mutua complementariedad a la que, cuando se realiza a través de la «unidad en la carne», es inmanente la apertura a la fecundidad.

Esto explica también que la participación de la sexualidad humana —de la facultad sexual humana— en la actividad creadora de Dios sea específicamente distinta de la participación propia de la sexualidad animal. No sólo es diferente, sino esencialmente superior. La sexualidad humana —su facultad sexual— está orientada a la concepción de una persona humana. La sexualidad animal, en cambio, es sólo un medio para la reproducción, tiene como fin la continuidad de la especie. La sexualidad humana trasciende el tiempo. «La índole sexual del hombre y su facultad de engendrar supera maravillosamente lo que hay en los niveles inferiores de la vida» (GS 51).

La sublimidad de la sexualidad como facultad creadora adquiere todavía mayor densidad cuando se considera —según dice la Revelación— que en Dios hay también generación (ya se señalaba antes) y además que es el camino para cooperar con Dios en la generación de los hijos de Dios. «El Padre desde toda la eternidad engendra al Hijo, y este acto de engendrar encierra la mayor glorificación divina. Y como quiera que todos los hombres son llamado a ser hijos adoptivos de Dios por la gracia, entonces queda aún más dignificada la facultad procreadora del hombre, ya que por ser semejanza y participación en la potencia generadora de Dios, colabora con Él en poner en la tierra a hijos de Dios destinados a poblar el cielo. Todavía queda aún más sublimada esta facultad procreadora por cuanto en plena historia de la Humanidad multiplicada, en el orden de las generaciones humanas, aparece en la tierra el mismo hijo de Dios hecho hombre»³⁴. El valor especial de la dimensión procreadora de la sexualidad —que forma parte de su verdad y significado más profundo dentro de la Historia de la Salvación— está ligado al hecho de ser colaboración con Dios en la obra de la creación y la salvación. Esa capacidad supone, por parte de Dios, la confianza de hacer al hombre partícipe en la humanización y salvación de la humanidad (cfr. FC 21)³⁵.

34. M. BRUGAROLA, *Sociología y Teología de la natalidad*, pp. 371-372.

35. Cfr. W. SKRZYDCEWESKI, *La verità de la sessualità coniungale*, en «Angelicum» 68 (1991), p. 490.

4. *La sexualidad, bien de la persona, no instrumental*

Esa «totalidad unificada» que llamamos hombre, es decir la persona humana, es única, singular e irrepetible. Y la conocemos y distinguimos a través de la corporalidad. Cada cuerpo humano significa una persona concreta. La persona humana sólo existe como varón o mujer. La dimensión sexual —se decía antes— es constitutiva del ser humano. Y en cuanto tal, es cauce de comunicación, expresa a la persona, está al servicio del amor. En la actividad sexual es la persona la que se entrega o se reserva. Una actividad o ejercicio que por su propia naturaleza y dinamismo está orientado a la procreación. La consecuencia es que, por participar de la dignidad personal —la sexualidad pertenece al «ser» de la persona— el ejercicio de la sexualidad se rige por la misma norma ética que ha de observarse con la persona.

Como tal, la persona humana jamás puede ser tratada como un objeto. Es un bien que nunca puede ser utilizado como medio para algo. Es inviolable. La persona es un bien en sí mismo, es decir no relativo a otra cosa. Es la única criatura en el mundo que posee esta dignidad. El concepto de dignidad se refiere a la propiedad de un ser que no es sólo «fin en sí mismo para sí», sino «fin en sí mismo por antonomasia». Nunca será justa la lesión de la dignidad de la persona —tanto en su dimensión espiritual como en su componente corporal—, para alcanzar una mejora del bienestar social, una mayor calidad de vida, el perfeccionamiento de la especie humana, o cualquier otra finalidad externa a la propia persona. Cada persona humana ha sido querida por sí misma, es absolutamente valiosa. El fundamento último de la dignidad humana radica en el hecho de que en el origen concreto de cada persona se encuentra, junto con la generación por parte de los padres, una acción creadora del alma individual por parte de Dios³⁶. Las verdades de la Creación, de la Encarnación y de la Redención expresan abiertamente el valor de la persona.

Pero respetar la dignidad de la persona es inseparable del respeto a su cuerpo y la sexualidad. Y respetar la dignidad de la sexualidad es observar su estructura y dinamisos: su más íntima verdad, los significados que está llamada a expresar. No hacerlo supondría hacer abstracción de la realidad, es decir, considerar al cuerpo, que necesariamente es varón o hembra, como un bien útil o instrumental.

36. Esa dignidad se acrecienta si se contempla desde la Redención. Cfr. JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor hominis* (4.III.1979), nn. 8, 10, 11; cfr. GS, n. 22; cfr. DVi, Introducción, n. 1.

II. EL PROBLEMA DE LA HOMOSEXUALIDAD: VALORACIÓN MORAL

Proceder adecuadamente en la valoración moral del problema de la homosexualidad exige necesariamente distinguir entre las personas y la condición homosexual; entre la condición o la orientación y el comportamiento; entre el desorden objetivo y la responsabilidad moral. Si esa distinción no se tiene en cuenta suficientemente, además de no acertar en el juicio moral sobre el problema que nos ocupa, se corre el riesgo grave de caer en discriminaciones injustas.

La distinción a que se acaba de aludir señala también los apartados en que desarrolla la exposición de esta parte.

1. *La condición homosexual, objetivamente desordenada*

Muchos son los estudios que desde los más diversos campos se han realizado sobre la homosexualidad en sus más diversos aspectos en los últimos años. Se ha de reconocer que las ciencias —la psicología, la sociología, la medicina, etc.—, «han contribuido a tratar el fenómeno de la homosexualidad de un modo preciso, a eliminar injustas discriminaciones y a acercarse a las personas homosexuales con la comprensión que merece su dignidad de personas humanas»³⁷. En el debate psicología-psiquiatría sobre la valoración de la condición homosexual, aunque no son pocos los autores —psicólogos— que defienden que «la homosexualidad es un desorden sólo cuando no es querida por la persona»³⁸, la mayoría, sin embargo, considera que se trata de un desorden, una alteración, una condición objetivamente desordenada³⁹. Aún en la hipótesis —cuestión todavía no resuelta— de que exista en las personas homosexuales una predisposición hacia el comportamiento homosexual, éste no puede consi-

37. J. RATZINGER, Introducción a la Carta *Homosexualitatis problema*, n. 3, en AA. VV., *Carta sobre la atención pastoral a las personas homosexuales*, Palabra, Madrid 1997, p. 17.

38. En esta línea de pensamiento cabe citar a AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, A.P.A., Washington D.C. 1980, pp. 281-282. Un resumen de estas posiciones se puede ver en B. KIELY, *La atención pastoral a las personas homosexuales. Nota psicológica*, en AA. VV., *Carta sobre la atención pastoral a las personas homosexuales*, Palabra, Madrid 1997, pp. 53-65.

39. Cfr. B. KIELY, *ibidem*, cit., p. 54.

derarse «normal»⁴⁰. De igual manera que tampoco pueden recibir esa consideración cualesquiera otras alteraciones que pudiera sufrir el sujeto.

«Fundada sobre la razón iluminada por la fe» y «segura de que su visión más completa respeta la completa realidad»⁴¹ la valoración moral que la Iglesia hace de la condición homosexual es terminante: se trata de una orientación que en sí misma, con independencia de cualesquiera factores que pudieran afectar al sujeto, es objetivamente desordenada. No es neutra o, menos todavía, buena. Siempre sobre la base de la distinción, absolutamente necesaria desde el punto de vista moral, entre la «condición» o «tendencia» homosexual y el «comportamiento» o «actividad» homosexual, los documentos del Magisterio usan unas expresiones que no dejan lugar a dudas. «La particular inclinación de la persona homosexual, aunque en sí no sea pecado, ...debe ser considerada como objetivamente desordenada»⁴². A la vez se rechazan expresamente las interpretaciones que llegan a juzgar esa «inclinación específica de las personas homosexuales como indiferente o incluso buena»⁴³.

40. Los estudios realizados llevan cada vez más a concluir que esa orientación está muy ligada a la evolución psíquica de la persona —si bien «su origen psíquico permanece en gran medida inexplicado» (CEC, n. 2.357)—, y, a su vez, esa evolución a la educación recibida. Aunque no se deba generalizar —escribe B. Kiely—, «en la mayor parte de los casos (no en todos) el hijo homosexual tenía una relación demasiado íntima con la madre que se caracterizaba por un cierto tono erótico más o menos escondido; con frecuencia la madre prefería este hijo a su marido. Por el contrario, la relación entre el padre y el hijo se caracterizaba siempre por una actitud de agresión y competencia por parte del padre; a veces de manera escondida y, más frecuentemente, de manera abierta. La relación difícil entre el hijo y el padre dificulta el proceso de maduración psicosexual en el hijo. La tarea del joven varón de separarse de la relación infantil con la madre y establecer en su lugar una identificación preferencial con el padre se ha hecho demasiado difícil» (B. KIELY, *o.c.*, cit., p. 56). Parecida es la conclusión, aunque menos estudiada, en relación con la homosexualidad femenina: «La madre puede transmitir de maneras diversas a la hija que ser mujer es una desgracia y que la relación con un hombre sólo puede causar sufrimiento. El padre puede ser duro o cruel, y crear en la hija miedo al hombre en general. Consecuentemente, la hija, buscando conciliar la propia sexualidad con el miedo al hombre y con su deseo de seguridad puede buscar relaciones homosexuales, usando la homosexualidad como estrategia defensiva de modo análogo a la del varón» B. KIELY, *ibidem*, p. 58. Cfr. También A. POLAINO, *Bioética y etiología de la homosexualidad*, en «Cuadernos de Bioética» 8 (1997), pp. 1.275-1.307.

41. Cfr. HP, n. 2.

42. HP, n. 3; cfr. *ibidem*, n. 10; CEE, n. 2.358. Cfr. COMISIÓN PERMANENTE DEL EPISCOPADO ESPAÑOL, *Nota* (24.VI.1994), nn. 3-10. Sobre esta cuestión, cfr. B. HONINGS, *Una carta en favor de la persona*, en AA. VV., *La atención a las personas homosexuales*, *o.c.*, pp. 45-51.

43. HP, n. 2.

Pero surge aquí inevitable la pregunta: ¿en qué sentido cabe hablar de la condición homosexual como desordenada? Como bien se sabe sólo los comportamientos voluntarios y libres son susceptibles de calificación moral. Si se dice que es desordenada ha de entenderse tan sólo desde el punto de vista objetivo, es decir, considerada en sí misma. Y merece esa consideración porque «constituye... una tendencia, más o menos fuerte, hacia un comportamiento intrínsecamente malo desde el punto de vista moral»⁴⁴. Conduce y condiciona el obrar de la persona en una dirección que es pecaminosa. Y lo es, porque —como se verá después al tratar del comportamiento homosexual— contradice el bien de la persona, al no respetar la verdad y significados de la sexualidad. En este sentido —ésta es la conclusión—, la condición homosexual es desordenada no sólo en el caso de que sea querida, sino aún cuando fuera el resultado de una elección no deliberada, es decir, en la hipótesis de la que persona homosexual se viera forzada a actuar de esa manera⁴⁵. Cosa muy distinta es el tema de la responsabilidad moral según se verá después. De todos modos la valoración negativa que acaba de hacerse sobre la condición homosexual no se puede extender en ningún caso a la persona afectada por esa orientación. Ello implicaría necesariamente una visión reductiva de la persona.

2. *Desorden objetivo del comportamiento homosexual*

Considerado el desorden moral objetivo de la condición homosexual, lo que ahora se contempla es la valoración moral de la actividad homosexual. Y como a propósito de la condición o tendencia homosexual, la reflexión se hace desde el punto de vista objetivo. Es decir, la pregunta que nos hacemos es: ¿el comportamiento homosexual es siempre desordenado? ¿Y lo es, aún el caso de que no responda a una elección voluntaria y libre?

La respuesta, iniciada ya en el apartado anterior, se continúa aquí sobre todo desde la exposición de los motivos de ese desorden. Se trata —dice taxativamente el Magisterio de la Iglesia con palabras citadas líneas arriba— de «un comportamiento intrínsecamente malo desde el punto de vista moral»⁴⁶. Eso quiere decir que no puede darse ninguna situación, por especial que pueda pensarse, que justifique —es decir, haga justa— esa actividad. Sería contrario a la misma dignidad de la persona homosexual admitir la posibilidad de una excepción a esa norma.

44. *Ibidem*, n. 3.

45. Cfr. *ibidem*, n. 11.

46. *Ibidem*, n. 3; cfr. PH, n. 8; CEE, n. 2.357.

El comportamiento homosexual es siempre de por sí éticamente reprochable, nunca es una opción moralmente aceptable, porque contradice la verdad y significado de la sexualidad. «Los actos homosexuales (...) están privados de su finalidad esencial e indispensable»⁴⁷ En cuanto modalización del ser humano, la diferenciación sexual es indicadora de la recíproca complementariedad entre el hombre y la mujer y está orientada a la comunicación interpersonal, es decir, a sentir, expresar y vivir el amor humano⁴⁸. Como expresión de la autodonación recíproca el lenguaje de la sexualidad responde a la verdad tan sólo cuando la relación sexual, por ir de persona a persona, es desinteresada y total; y, por eso mismo, sólo puede tener lugar en la unión conyugal abierta a la vida⁴⁹. Es la consecuencia de la norma personalista según la cual la persona ha de ser valorada por sí misma, nunca como objeto o medio para otra cosa. Esa utilización o uso instrumental de la persona se da cuando, por no percibir a la sexualidad como dimensión constitutiva de la persona, no se respeta la inseparabilidad de lo significados unitivo y procreador que le son propios. «El comportamiento homosexual separa la sexualidad tanto de su significado procreador como de su profundo sentido unitivo que son las dimensiones básicas de su naturaleza misma. Los actos homosexuales no sólo son incapaces de generar nueva vida, sino que además, por no proceder de una verdadera complementariedad sexual, son también incapaces de contribuir a una plena comunión interpersonal en una sola carne. Los relaciones homosexuales carecen necesariamente, por su propia naturaleza, de las dimensiones unitiva y procreadora propias de la sexualidad humana»⁵⁰.

El comportamiento homosexual es una forma de narcisismo. La persona del otro se concibe como un objeto que se usa para la propia gratificación. Se puede decir de alguna manera que la incomunicabilidad es la regla de la homosexualidad. Es así, porque aunque no fuera ésa la intención expresa de la persona homosexual, ésta no es capaz de cambiar la naturaleza de las cosas. Es el bien de la persona el que hace incompatible el comportamiento homosexual con la dignidad de la persona y, por tanto, con la ley natural. Como realidad creada —la sexualidad es una dimensión constitutiva del ser humano, se insiste una vez más—, tiene una significación en sí misma que no depende de la voluntad del hombre. La libertad humana —por serlo de un ser creado— sólo

47. *Ibidem*, n. 3; cfr. PH, n. 8.

48. AH, n. 4. Sobre esa complementariedad hunde sus raíces el matrimonio instituido por Dios desde los orígenes: cfr. sobre este punto JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Mulieris dignitatem*, 15.VIII.1988, n. 6; GrS, n. 8; etc.

49. AH, n. 7.

50. COMISIÓN PERMANENTE DEL EPISCOPADO ESPAÑOL, *o.c.*, n. 9.

llega hasta poder reconocer el *logos* inscrito en su humanidad por el Creador y, en consecuencia, descubrir el *ethos* de cuya aceptación y seguimiento depende su realización. Por eso la sexualidad no puede ser considerada como un bien de consumo ni la ordenación de la actividad sexual por la castidad como algo represivo o antinatural, fruto —quizás— de un determinado ámbito cultural.

La valoración negativa del comportamiento homosexual, proclamada abiertamente por la Iglesia en una tradición ininterrumpida desde el principio, se apoya «en el sólido fundamento de un constante testimonio bíblico»⁵¹. «Apoyándose en la Sagrada Escritura que los presenta como depravaciones graves (cfr. Gn 19, 1-29; Rm 1, 24-27; 1 Co 6, 10; 1 Tm 1, 10), la Tradición ha declarado siempre que los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados... No pueden recibir aprobación en ningún caso»⁵². No es una actividad más o menos irrelevante. Por responder a «una visión opuesta a la verdad de la persona que nos ha sido plenamente revelada en el misterio de Cristo»⁵³, impide objetivamente su realización y felicidad. «La Iglesia, cuando rechaza las doctrinas erróneas en relación con la homosexualidad, no limita sino que más bien defiende la libertad y la dignidad de la persona, entendidas de modo realístico y auténtico»⁵⁴.

3. *La responsabilidad moral*

Si nos situamos en el plano de la responsabilidad, es decir, en el de la valoración de la moralidad subjetiva del problema de la homosexualidad, es necesario tener en cuenta dos cosas. En primer lugar, en línea con la exposición que hemos hecho hasta aquí, se debe distinguir siempre entre la condición o tendencia homosexual y el comportamiento o los actos homosexuales. Como acaba de decirse la condición o tendencia homosexual, aunque de suyo es una alteración o desorden, lo es tan sólo desde el punto de vista objetivo: en sí, considerada en sí misma no es pecado⁵⁵. Por tanto, si se habla de responsabilidad moral nos referimos exclusivamente a los actos o comportamientos. En

51. HP, n. 5. La Nota de la Comisión Permanente del Episcopado Español, a que se acaba de aludir, hace un apretado resumen de esta enseñanza (*ibidem*, n. 10).

52. CEC, n. 2.357.

53. Cfr. HP, n. 8; cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

54. HP, n. 7.

55. Distinta valoración —se verá enseguida— merecería aquella orientación cuya existencia tuviera como origen un hábito contraído o no rechazado culpablemente.

segundo lugar, dentro de los comportamientos homosexuales se contemplan únicamente los que se realizan con advertencia y voluntariedad: sólo a estos alcanza la libertad y, en consecuencia, sólo respecto de estos se puede decir que se tiene responsabilidad. La conclusión es que si la tendencia fuera de tal densidad que anulara la libertad, habría que afirmar que los actos realizados bajo ese impulso carecerían de responsabilidad moral.

En cualquier caso se debe proceder con prudencia en la valoración de esa responsabilidad moral. No se pueden hacer generalizaciones en el juicio de los casos particulares. Podría suceder que en un caso determinado se hubieran dado en el pasado o subsistieran todavía en el presente circunstancias tales que redujeran y hasta quitasen la responsabilidad del individuo. Pero podría también ocurrir que concurrieran otras circunstancias que aumentaran esa responsabilidad⁵⁶. Sería el caso, por ejemplo, en el que de esa manera se contribuyera a la difusión de enfermedades como el SIDA, corrupción de menores, etc. Además será necesario atender a la responsabilidad que hubiera podido dar lugar a la existencia de la condición homosexual y también —si ése fuera el caso— del comportamiento que se trata de enjuiciar. No se podría eximir de responsabilidad a aquél cuya condición o comportamiento homosexual tuviera su origen en un hábito contraído o no rechazado debidamente. En la hipótesis que se contempla la responsabilidad llega hasta el punto de que no se hubiera puesto el esfuerzo necesario para no ordenar la tendencia o el comportamiento homosexual.

De todos modos la prudencia en la valoración de esa libertad y responsabilidad en el comportamiento de las personas homosexuales exigirá siempre, entre otras cosas, tener en cuenta estos principios generales. a) Por principio se deberá evitar la presunción de ausencia de responsabilidad. Incluso en los casos en los que la tendencia homosexual no sea el resultado de una elección deliberada, se debe reconocer a esas personas «aquella libertad fundamental que caracteriza a la persona humana y le confiere su particular dignidad»⁵⁷. Proceder de otra manera, es decir, no reconocer esa libertad, sería humillante para las personas homosexuales y contradecir radicalmente su dignidad personal. b) A la vez será necesario valorar adecuadamente los condicionamientos y mecanismos psicológicos, ambientales, etc., que, aunque no lleguen a anular la libertad, pueden interferir de tal manera en ella que disminuyan notablemente la responsabilidad moral. Los juicios morales versan siempre sobre conductas, sobre actos concretos realizados por personas determinadas. Nunca sobre las

56. Cfr. HP, n. 11.

57. HP, n. 11.

acciones consideradas en abstracto, es decir, fuera del espacio y del tiempo. Por la sencilla razón de que éstas no se dan.

III. CONCLUSIÓN: PARA LA SUPERACIÓN DEL PROBLEMA DE LA HOMOSEXUALIDAD

Para la superación del problema de la homosexualidad un paso imprescindible es el discernimiento adecuado de las situaciones. Sólo así la ayuda será realista. Primero porque no se limitará a aplicar unas cuantas recetas o fórmulas prefabricadas. Y después porque los destinatarios de esa ayuda se sentirán comprendidos, tratados como personas y no como «casos».

Sin ánimo de ofrecer un elenco completo de los elementos que deben integrar ese discernimiento, a continuación se señalan algunos que parecen irrenunciables. Son también los requisitos que hay que tener en cuenta para ayudar a las personas homosexuales en la ordenación de la orientación de su sexualidad:

— Es necesario partir del supuesto de que existen diversos tipos de homosexualidad. No se puede hablar de las personas homosexuales como si esa condición revistiera en todas ellas el mismo grado de intensidad, tuviera las mismas manifestaciones e implicara la misma irreversibilidad. Además puede suceder que la tendencia homosexual se dé sola o también que se den añadidas otras alteraciones.

Por eso suele hablarse de «homosexualidad imaginaria» o temida, «pseudo-homosexualidad» y «homosexualidad manifiesta». En la *homosexualidad imaginaria* la atracción que se da es pasajera, puede tener lugar sin haber sido seguida de ningún tipo de experiencias. La *pseudo-homosexualidad* es la de aquellos en los que la tendencia homosexual tiene como motivación principal la dependencia afectiva o el dominio, y sólo secundariamente la gratificación sexual. Con el nombre *homosexualidad manifiesta* se designa aquella en la que la gratificación sexual es la motivación principal. Tanto la homosexualidad imaginaria como la pseudo-homosexualidad son relativamente fáciles de superar. (Esta segunda en el caso de que se pueda superar la parte no sexual del problema). Más difícil de orientar es la homosexualidad manifiesta: en algunos supuestos puede ocurrir que sea imposible cambiar la orientación de la sexualidad.

— Respetar y ayudar a las personas homosexuales no significa ocultar, disimular o negar el desorden de su orientación sexual; mucho menos quiere decir que se favorecen aquellos comportamientos que no contradigan la orien-

tación homosexual. Más bien es todo lo contrario. Evitando todo tipo de injustas discriminaciones⁵⁸, pero convencidos de que «sólo lo que es verdadero puede al final ser también pastoral»⁵⁹, en primer lugar, habrá que hacerles ver del modo más adecuado lo desordenado de esa tendencia y comportamiento; y, en segundo lugar, habrá que estimularles a llevar su cruz particular y participar en el misterio pascual de Jesucristo. «Estas personas están llamadas a realizar la voluntad de Dios en su vida, y, si son cristianos, a unir al sacrificio de la cruz del Señor las dificultades que puedan encontrar a causa de su condición»⁶⁰, porque jamás se puede olvidar que la cruz —llevar la cruz cada día— es elemento esencial de la vida cristiana como seguimiento e imitación de Cristo.

— La llamada a abrazar la cruz —en el caso de los cristianos— no puede interpretarse como una invitación a la renuncia en el esfuerzo por superar la tendencia homosexual⁶¹. Con la máxima comprensión para las personas homosexuales, entre otra cosas, se deberá: a) acudir a las aportaciones que las diversas ciencias desde su propio campo puedan ofrecer; ese recurso será algunas veces imprescindible por la condición patológica del problema; b) ayudar a vencer la barrera a que pueden dar lugar las injustas discriminaciones de la sociedad y que tanto pueden obstaculizar la superación del fenómeno; c) alentar la convicción de que mediante la proposición de metas reales y asequibles, con la gracia de Dios y el esfuerzo personal, es posible vencer la dificultad de su situación. Más allá de los medios educativos y psicoterapéuticos actúa siempre la gracia del Espíritu Santo, cualquiera que sea la naturaleza del pecado, con tal de que uno se arrepienta. Con esa decisión de fondo, si es sincera, se estará en disposición de renovar los esfuerzos por seguir adelante, a pesar de que la lucha resulte difícil e incluso no falten las recaídas.

— La ayuda a las personas homosexuales ha de enmarcarse en el contexto más amplio de la vida humana y cristiana: en el mismo nivel de las demás tendencias que se deben ordenar, v. g. el egoísmo, el ansia de poder, etc. Aunque puede suceder que, en este caso, la tendencia se manifieste con mayor intensidad. «La condición homosexual, purificada y sostenida por el tejido de las virtudes, puede encontrar una salida éticamente válida, pero siempre fuera de la actividad sexual»⁶². En esta línea se recuerda que «un auténtico programa pas-

58. *Ibidem*, nn. 10, 16.

59. *Ibidem*, n. 11.

60. CEC, n. 2.358.

61. HP, n. 12.

62. I. CARRASCO DE PAULA, *La condición homosexual se debe colocar al nivel de las otras tendencias desordenadas de la persona*, en AA. VV., *La atención a las personas homosexuales*, o.c., p. 76.

toral ayudará a las personas homosexuales en todos los niveles de su vida espiritual mediante los sacramentos y en particular a través de la frecuente y sincera confesión sacramental, mediante la oración, el testimonio, el consejo y la atención individual»⁶³. Parecido es el tenor de la recomendación que hace el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «Las personas homosexuales están llamadas a la castidad. Mediante virtudes de dominio de sí mismo que eduquen la libertad interior, y a veces mediante el apoyo de una amistad desinteresada, de la oración y la gracia sacramental, pueden y deben acercarse gradual y resueltamente a la perfección cristiana»⁶⁴.

Augusto Sarmiento
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

63. HP, n. 15.

64. CEC, n. 2.358.